

Los apuntes de Goliat jamás hallados en el templo de Edom

Emilio López Verdú

Entonces David cogió cinco piedras del lecho del río. Con la costumbre de quien repite ese mismo gesto desde niño localizó al momento la más pesada, la sopesó unos instantes en su mano derecha y dejó caer las otras cuatro en un chasquido que desapareció al instante, absorbido por el aire cobrizo del valle de Ela. Era mediodía y la piedra resultaba agradablemente cálida al tacto. La metió en su honda y comenzó a voltearla, provocando un revoloteo que sonó como una nube de moscas enfurecidas por orden del mismísimo dios Baal.

Pero detengámonos aquí un instante. Que se paralice la mano del joven David. Que las moscas detengan el zumbido de sus alas. Que las ondulaciones del calor del mediodía dejen de agitar la tierra y que los cientos de miradas agotadas que permanecían atentas a ese duelo queden cegadas por un rayo. Porque siendo correcto el inicio de este relato, no lo es menos que yo dejé llegar al joven David hasta donde podía oler mi aliento. Casi alcanzaba con mis dedos los bucles pelirrojos de aquel muchacho insolente que había diezmado a su propio pueblo durante cuarenta días y cuarenta noches. Las crónicas de los narradores que van de pueblo en pueblo lo describen como un joven hermoso y de limpia mirada, pero nada dicen de su desagradable voz de cuervo, de la arrogancia de sus gestos y de su desmedida sed de poder.

Yo no quise batirme en duelo con él. Las tristes alturas de Soco y Azeca que me vi obligado a invadir me resultaban indiferentes. Y jamás tuve animadversión hacia los hebreos contra los que combatía. Pero no fue el caprichoso dedo de un Dios el que selló mi destino sino la naturaleza cruel. Aquella que doblaba el espinazo de mi madre preñada de mí, cargada bajo un peso que su vientre apenas podía contener. Cuando mis cuatro hermanos y yo jugábamos entre los perfumados campos de Ascalón yo era tan alto como los algarrobos y tan fuerte como los bueyes que tiran del arado. Mis manos agarraban las cabezas de los otros niños con la ligereza de quien se hace con una

almendra. Y fue al llegar a mi adolescencia cuando Khal, rey de Ascalón de Filistea, oyó hablar de mí y de mis cuatro hermanos y nos mandó llamar a su corte. Mis padres, pobres pastores acostumbrados a la docilidad de sus rebaños, nada pudieron hacer para vencer la inquebrantable voluntad de un rey. Y menos cuando sus soldados arrojaron una cascada de monedas de plata a sus pies a cambio de nuestra marcha al ejército. Recuerdo la mirada vacía y triste de madre al vernos partir. Antes de dejarme ir me agarró la mano con la fuerza de la desesperación y me dijo en un susurro: ‘protégelos’. Ella adivinaba ya el triste final de todo esto.

Se acabaron entonces mis noches de verano en las que me adormecía con el tintineo de las campanas de mis ovejas mientras pensaba en Ahouva, vecina a la que vi crecer, chiquilla de rizos castaños que me mirabas con ternura. Cómo pensaba yo secretamente en escaparme contigo y recorrer juntos islas mágicas en las que vivir aventuras que durarían toda una vida. Ahouva, tu recuerdo me ha acompañado todos estos años sin envejecer.

Pero una nueva vida empezaba. La vida del ejército filisteo. Una vida nómada en ásperas tierras, rodeado de estúpidos y bárbaros que ni leer sabían y que jamás aprendieron a escuchar otra cosa que las órdenes de generales de mal aliento y sucias greñas. En poco tiempo aprendí a manejar la espada y la lanza. Matar es fácil y no sentía gran culpa al hacerlo. En medio de la barbarie de cuerpos que luchaban me bastaba con armar el brazo y cerrar los ojos en el momento de lanzar la inercia de mi espada hacia el tronco de los enemigos. Notaba una sacudida y cuando abría los ojos una danza de piernas, brazos y cabezas sin dueño giraban en el aire. Ninguna espada tocaba mi armadura ni se hendía en mis músculos y mis compañeros comenzaron a forjar una leyenda en torno a mi fortaleza. Notaba sus miradas seguras cuando corrían a mi lado y sus comentarios elogiosos en las noches de campamento. Mis cuatro

hermanos sonreían al contarme las leyendas que corrían sobre mí y que alzaban el vuelo como el humo de las hogueras: ‘Goliat el gigante ha matado con una espada a diez sin pestañear siquiera’; ‘Goliat el prodigioso ha matado a veinte con sus propias manos’; ‘Goliat el casi dios ha liquidado a un ejército entero lanzando su brazo de fuego’.

Nada han sabido jamás mis filisteos sobre los dolores de mis rodillas que me avisan de la llegada de días de lluvia, o de cómo las venas de mis pies se hinchan y los dedos se agarrotan dentro de las sandalias de piel de cabra bajo el peso de mi cuerpo en las largas marchas por estos secarrales desolados que ellos llaman patria. Paisajes donde el ejército ve gloria y mito y en los que yo solo veo costumbre y cansancio. Qué lejos quedan aquellas ensoñaciones de una vida de aventuras junto a ti, Ahouva, y tus rizos traviosos.

La primavera estaba ya bien avanzada cuando nuestro rey Khal de Filistea nos mandó al valle de Ela para abastecer a la ciudad de Ascalón de olivas y madera. Y de la nada surgieron aquellos fanáticos comandados por Saúl. Atacaron desde las alturas de Soco y Azeca sin ningún orden hacia nuestras posiciones de Efes-amim, donde vegetábamos perezosamente a la espera de que los leñadores acabasen su faena. Saúl en persona invocó su derecho sobre aquellas tierras de nadie. En la primera batalla comandé un grupo de cincuenta guerreros que diezmó aquel ejército de aficionados que respondía con palos de madera a nuestras lanzas de hierro.

Los siguientes días fueron desconcertantes, pues en lugar de retirarse las huestes de Saúl atacaban con fanática determinación. Nosotros nos limitábamos a defender nuestra posición mientras veíamos cómo sus tropas se desmoronaban por su propia impericia. Nada sabía aquel ejército de las tácticas más elementales ni de cómo utilizar el terreno ni causar la sorpresa, pues atacaban regularmente a primera hora de la mañana

cada día y durante semanas. Mis hombres se desconcertaban ante aquellos ataques suicidas. Hasta matar empezó a parecerles censurable pues les resultaba demasiado fácil. Envié mensajeros para hablar con nuestro rey Khal. Éste nos pedía seguir adelante, tomar los altos de Soco y Azeca, internarnos en las llanuras de Judea y arrasarlo a los hebreos. Pues está escrito que el poderoso es soberbio ante la debilidad ajena. Solo de esa manera el poderoso crece en su poder. Al recibir la orden me encerré en mi tienda y mandé que no me molestaran. Dormité largas horas pensando en la estupidez de Khal y en el imprudente Saúl, a quienes imaginaba excitados al saber que la sangre de pueblos enteros se derramaba en sus nombres.

Pero el transcurrir del tiempo no sólo aniquilaba al ejército contrario sino que también trajo otro enemigo al nuestro, acaso peor que el hambre que padecíamos producto de una dieta de olivas y bayas: el desconcierto ante la sinrazón de una lucha eterna y sin posibilidad de victoria.

Así transcurrieron semanas de inútiles sangrías hasta que en el ejército enemigo empezó a sonar el nombre de aquel joven pastor llamado David. Desde hacía tiempo los líderes hebreos habían caído uno tras otro y Saúl se había visto obligado a recurrir a jóvenes pastores de la zona para no perder el músculo de su ejército. Al enterarme de que David era pastor y de que tenía conocimientos de música, pensé que sería hombre de talante sensible y sencillo e intenté concertar una reunión. Para mi sorpresa, David se negó. En lugar de eso al día siguiente su ejército nos atacó. Esa fue la primera vez que le vi. No iba en vanguardia sino protegido por dos caballeros. Llevaba la mismísima armadura dorada del rey Saúl y daba órdenes enérgicas. Su voz era desagradable y engolada. Razoné que tanta energía se debía quizá a secretas razones de estrategia, pero mi decepción no tardó en revelarse ante sus órdenes: un ataque frontal y desmedido que

fue repelido con sencillez por mis hombres, agotados por el hambre y el calor. Lo de siempre.

Aquella noche bebí vino, entristecido por haber sobrevalorado al joven David. Los ataques se repitieron durante otra semana siempre con el mismo resultado. Resultaba patético ver a aquel presumido invocar a sus dioses para atacarnos, como si la fe fuese capaz de derribar la muralla de hierro de un ejército. Mis hombres no entendían aquella obstinación y yo tampoco. Esa misma noche mis hermanos me confesaron que la moral de los hombres empezaba a ser baja y que estaban un tanto inquietos por el hambre que apretaba cada vez más. Aunque jamás se lo confesé, yo también sentía aquel miedo llamar a las puertas de mi alma, aunque la causa no era la falta de pan sino la obstinación sin medida de los hebreos. Al día siguiente de una larga borrachera decidí presentarme a las puertas de Soco escoltado solo por tres hombres. Exigí a voz en grito un encuentro con el general David. No obtuve respuesta alguna. Pero al día siguiente no hubo ataque, ni tampoco al otro.

Mis hombres, conocedores de que al otro lado del valle había ricos campos de trigo, me pedían un ataque definitivo. Pero sabía yo que aquello no sería buena idea pues perderíamos demasiados buenos soldados. Así que transcurrieron un par de días de inacción, el peor panorama para un ejército hambriento. Al tercer día un mensajero hebreo nos informó de que David aceptaba celebrar una reunión, solos él y yo en la misma orilla del arroyo de Ela.

Esperé largo rato entre aquellas piedras blancas. Escuchaba su rumor crepitante bajo el sol semejante al siseo de una voz humana. Eran los susurros de mi Ahouva de rizos traviosos, los susurros de mi vida posible y mis sueños de juventud. Sonreí al pensar en ello.

‘Jamás nos rendiremos si a eso has venido’. Me giré y vi al insolente David. Llevaba aún la armadura de Saúl y su mano agarraba la empuñadura de la espada. Estaba nervioso. Le sonreí y le mostré mis manos vacías que levanté al aire. Sin mover su mano de la empuñadura especuló con que mi ejército se había debilitado al haber solicitado yo aquella reunión. Le recordé entonces las bajas sufridas entre sus tropas y le advertí que hasta la fecha los filisteos no habíamos lanzado ningún ataque con nuestras lanzas de hierro. Rebatí él que aquello sería una sangría y yo asentí. Le recomendé una retirada y él me recordó que jamás lo permitiría su señor Saúl. Tuvo la osadía de pedirme lo mismo y yo no acepté, escudándome en el empeñamiento de mi señor Khal. David sonreía y yo no entendía por qué. ‘Al general David le place la guerra’, sugerí yo. Quise saber por qué. ‘Cada gota de sangre demuestra la gloria de mi ejército y será glosada por miles de voces que se repetirán hasta el final de los tiempos’ respondió con la mirada perdida en las nubes. ‘La sangre no dignifica a nadie. Sólo es sangre. Y la sangre se derrama provocando el dolor de tus hombres y no su gloria’ respondí.

Hubo un momento de duda en su mirada y en la mía, un silencio prolongado que rompió con rabia. ‘Si es necesario mis hombres sembrarán de rojo estos campos. Y esta sangre derramada y ofrecida a nuestro Dios multiplicará su gloria’. Y dándose la vuelta se marchó por donde había venido, siempre su mano en la espada. Regresé a mi campamento con el espíritu contrariado. Mis hermanos me miraron con el aguijón del hambre asomando en sus ojos negros. Yo me senté. Solo al cabo de un rato, cuando el sol de la tarde posaba sus manos suaves sobre mi tienda, hablé. ‘Es un loco. Sólo es un loco que odia su pueblo y se ama a sí mismo’ dije dolorido. ‘Ayudémosle entonces’ rugió mi hermano Hezez. Asentí y él inclinó la cabeza y salió. Después de escuchar sus

pasos sobre las piedras, pegué un manotazo al cántaro de vino, que estalló en el aire e inundó la tienda de un olor agrio, presagio de futuras desgracias.

Al día siguiente ordené un ataque frontal sobre las posiciones de los hebreos con el grueso de mi ejército. Fue una lucha sin cuartel en un terreno incómodo. Íbamos ganando distancia palmo a palmo sobre sus fortificaciones de barro cuando algo nos sorprendió: tras las líneas enemigas, quienes nos atacaban no eran solo hombres. Había también mujeres de desmadejados movimientos y niños de miradas asustadas. Y fue entonces cuando mi hermano Hezez se quedó paralizado y casi al instante una lanza le atravesó las tripas.

Ordené la retirada. Hezez murió aquella noche en una agonía de murmullos incomprensibles. En su mirada agonizante me pareció ver el dolor de mi madre, triste y sola. Ahora debía de ser una anciana. Y el recuerdo de un susurro rapaz, aquel ‘protégelos’, se hundió como una brasa en mi cabeza y me enloqueció durante horas.

En la madrugada sonaban los grillos y mandé llamar a mi hermano Absés con dos órdenes. Al escucharlas me miró como si hubiese perdido el juicio y se negó. Pero le sujeté con la misma fuerza con que mi madre me agarrase años antes y le dije que mi única misión era protegerle a él y a mis hermanos y que ya había fallado una vez y no pensaba hacerlo de nuevo. Absés se escabulló de mi tienda. Poco después, en el mismo lecho del arroyo, acordé con David todos los detalles de lo que debía pasar al día siguiente. David, tembloroso, sabía la gloria que para él representaría aquello.

Amaneció en mi campamento y expliqué a mis hombres la situación. Había decidido luchar en aquel duelo singular. Les aseguré que no plantear guerra abierta era la única manera de que regresaran con sus familias y emprendieran de nuevo sus vidas. Hubo silencio y dudas pero accedieron, pues al fin y al cabo estaban hechos para recibir

órdenes y yo era el líder al que idolatraban. Y, por encima de todo, estaban seguros de que yo vencería. Solo mis hermanos sabían la verdad.

Que vuelva a girar entonces la honda en el aire turbio. Que los cientos de miradas vuelvan a parpadear ante el peso de los acontecimientos que contemplaron aquel día. David me miraba. Llevaba la armadura de Saúl, sudaba, tenía los labios reseco y su honda giraba y giraba en sus manos temblorosas. Recuerdo mirarle con una sonrisa franca en respuesta a su miedo de niño pequeño y recuerdo que él me devolvió una mirada llena de odio. Mi brazo derecho sostenía el peso de un saco. David liberó la piedra en un gesto hábil y la honda duplicó en un instante su longitud. Si habéis visto a alguien manejar una honda sabréis que la piedra es apenas una ilusión para la vista. Y a centenares de pasos de distancia, es tan solo la imaginación la que dibuja su recorrido por el aire. La piedra pasó a un palmo de mi cabeza con un sonido de golondrina. Pero los centenares de miradas que estaban observando la escena jurarían por Baal y Jehová que impactó en mi cabeza porque es lo que quisieron ver. Al oír el zumbido me dejé caer a tierra. Ni los pies ni las rodillas sufrían ya, pero pequeños cantos rodados se clavaban en mis riñones mientras escuchaba el júbilo de los hebreos y, casi más fuerte, el silencio de mis hombres. David se acercó exultante de júbilo. Le miré a los ojos y le recordé que desde ahora era rey y que debía actuar como tal. Casi al instante torció el gesto y desenfundó su espada. La clavó a un palmo de mi cuello. Algunas piedras pequeñas saltaron a mi cara. Nervioso, se agachó y agarró el saco que llevaba en mi mano. De él sacó la cabeza cortada de mi hermano Hezez, la segunda orden que le había dado a mi hermano Absés aquella noche. David agarró la cabeza con asco y la mostró al cielo. Nuevos gritos de júbilo de sus hombres. David se llevó la cabeza y yo me quedé tendido en aquel lecho de río mientras las nubes corrían sobre mi cabeza. Escuché la

silenciosa retirada de mi ejército, mientras en Soco y Azeca la fiesta de los hebreos resonaba con el arpa de David. Al fin era libre para volver con mis padres. Y con Ahouva.

Al anochecer mis hermanos vinieron a recogerme. Nos marchamos como fugitivos hacia el pueblo. Mis padres eran ancianos y mi madre estaba ciega. Aun así, su sonrisa de niña acompañó el gesto de sus manos, que tardaron horas en recorrer mi enorme cuerpo que palpaba con curiosidad. Se detenía en cada cicatriz y yo le explicaba su historia. Mi madre asentía y seguía su recorrido minucioso. Me explicó que Ahouva había fallecido en el parto de su cuarto hijo. La vida no me había esperado. Acaso nunca lo hace con quien la traiciona.

La paz duró poco. David, que me había prometido gobernar a su pueblo en paz, amparado en su falsa leyenda se creyó tocado por la mano divina. Ordenó la invasión de las tierras filisteas y arrasó mi antiguo ejército. Luego mandó sus tropas contra mí. Tuve que huir. David mató a mis padres, que se negaron a abandonar sus campos y sus ovejas, y yo erré por reinos extraños. David era ahora idolatrado por un pueblo anhelante de gloria. Pero su miedo había sepultado su debilidad bajo una capa de locura y voracidad. Ordenó ejecuciones entre los suyos y guerras crueles sin sentido. De todo lo que ha sucedido en este tiempo me enfurece ver cómo ha tratado a los filisteos como a un pueblo traidor y cruel. Y lejos de ser magnánimo conmigo, el hombre que al fin y al cabo le ayudó a forjar su leyenda, no solo quiso destruirme sino que ahora me describe como un monstruo sin corazón víctima de su presunción. Qué fácil hubiese sido entonces aplastarle como a un gusano. Tuve tantas oportunidades de hacerlo que a menudo me despierto entre pesadillas viendo el mundo de fuego y cólera en que ha convertido estas tierras de olivos y almendros.

Y ahora que el odio me sobra, no soy más que un anciano con terribles dolores en las rodillas y artritis en las manos, obligado a dictar este escrito que será conservado en el templo de Edom con la absoluta fe de que sea hallado por manos sabias. Mi único deseo es que el tiempo dicte justicia a David el traidor y a Goliat el filisteo. Un hombre que solo quiso vivir la vida sencilla de un pastor aunque alguna vez soñó que escapaba con su amada Ahouva a tierras vírgenes de ejércitos y colmadas de bienes, verdor y paz.